

VICENTE VALLÉS

LA CAZA DEL EJECUTOR




ESPASA

VICENTE VALLÉS

LA CAZA DEL EJECUTOR



© Vicente Vallés, 2025
© Editorial Planeta, S.A., 2025
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: octubre 2025

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 15.481-2025
ISBN: 978-84-670-7265-5

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Unigraf, S. L.
Impreso en España-*Printed in Spain*



ISLAS MALDIVAS

El plan diseñado en la sede de la CIA en Langley, estado de Virginia, determinaba que, en un plazo de treinta horas a partir de ese momento, un pequeño hidroavión se posaría frente a la playa en la que ahora descansaban sus pies sobre la fina arena color perla, y desde la que presenciaba el crepúsculo de ese día, en la confianza de que no fuera el último de su vida.

Cuando el hidroavión amerizara, cualquier movimiento en la zona estaría protegido por la oscuridad de la madrugada. Cientos de aparatos como ese surcaban los cielos de Maldivas para conectar cada pequeña isla del país con el resto, por lo que uno más no llamaría la atención. La orden era trasladar al matrimonio y a su hijo de dieciocho años hasta el aeropuerto de la capital, Malé, que disponía de una zona reservada para este tipo de aeronaves.

Allí abordarían un jet privado que, en pocas horas, conduciría a la familia hasta la base naval y aérea conjunta británica y estadounidense de Diego García, un atolón en el archipiélago de Chagos, mil doscientos kilómetros al sur. Estarían en medio del océano Índico y a salvo. Antes de una semana, llegarían a Los Ángeles para disfrutar de su sueño californiano, su *California dreamin'* clandestino, protegidos por las autoridades de Estados Unidos, bajo medidas de seguridad extremas y con una identidad nueva. Pero, en efecto, para que se iniciara esa compleja, temeraria y esperanzadora aventura, aún faltaban treinta horas.

De momento, se esforzaba en distraer su ansiedad al contemplar el hipnótico mar color turquesa que, como un inmen-

so espejo, se desplegaba ante sus ojos, mientras una suave brisa mecía los ya escasos y rebeldes cabellos plateados que aún conservaba. El sol, en su cadencioso declive, se acercaba a la frontera del horizonte en un nuevo y hermoso atardecer. Desaparecía hasta el día siguiente, como sumergido en las aguas, para dar paso a otra noche apacible, calurosa y húmeda, igual que la anterior y como sería la siguiente: su última noche en ese lujoso resort, construido sobre uno de los muchos atolones que conforman las islas Maldivas. Estaba más cerca de la libertad y la seguridad que le habían prometido. Ese era el objetivo cuando dejó atrás Moscú con la excusa de pasar unas breves vacaciones. Ahora, Mijaíl Serkin, responsable del SVR, el Servicio de Inteligencia Exterior de la Federación Rusa, era un desertor.

Mientras repasaba en su cabeza todos los pasos para la fuga, la penumbra se impuso a los últimos y timoratos rayos solares, al tiempo que se encendían a lo lejos las luces del hotel. Serkin se puso en cuclillas, cogió un puñado de arena coralina en la palma de la mano y observó cómo se filtraba entre sus dedos: nunca volvería a la Madre Rusia. Sí, echaría de menos sus paisajes y a sus gentes, los fríos y lóbregos inviernos de la monumental San Petersburgo y los esplendorosos veranos de los bosques siberianos. Pero no se arrepentía: estaba convencido de que desertar era una obligación moral ante la deriva tiránica y la locura bélica del presidente Iván Karlov, su mejor amigo desde la adolescencia, cuando ambos iniciaron la formación como espías del KGB soviético. «Ahora, Iván me considerará un traidor», masculó Serkin en un susurro, solo al alcance de sus propios oídos. Sin embargo, tenía la conciencia tranquila.

A unas decenas de metros de distancia, un hombre y una mujer —ambos en la treintena, con aspecto atlético y vistiendo ropa de playa— parecían pasear distraídos, disfrutando de la inminente puesta de sol. Eran los discretos escoltas de Serkin, que siempre viajaban con él, y a los que la CIA confiaba en esquivar durante la exfiltración, porque desde Washington se había dado la orden expresa de no entrar en un choque con ellos, en ninguna circunstancia. La operación debía ser limpia.

Serkin se incorporó y caminó de vuelta a la habitación del hotel. Como muchas otras, era un suntuoso palafito construido metro y medio por encima del nivel de las aguas, de manera que el ligero oleaje que se generaba en el interior del atolón discurría por debajo del suelo. *Overwater* (sobre el agua) llaman a estas lujosas estancias turísticas en Maldivas que, además de un saloncito y del baño, disponen también de una pequeña piscina en un porche exterior, como si sobrevolara el mar. Durante el día, la pureza de esas aguas oceánicas permite avistar con extrema claridad a todas las especies imaginables de la fauna marina: mantarrayas, peces minúsculos o enormes de mil colores, tiburones de diferentes tamaños... Se puede nadar junto a ellos sin peligro, aunque no todos se atreven a hacerlo porque nunca se sabe cómo va a reaccionar un animal salvaje ante la presencia de un ser humano.

Aquel día, el mar aparentaba calma, pero encerraba un riesgo insospechado, debido a las fuertes corrientes reinantes en esa zona del Índico; corrientes incontrollables, como un disimulado tsunami perenne, que podían arrastrar al mejor nadador si sufría un momento de debilidad.

Serkin caminó por la playa hasta la habitación. Su mujer y su hijo se preparaban para cenar en el restaurante del hotel, lo que harían unos minutos después. Los tres habían entrado en Maldivas con pasaportes falsos, elaborados con minuciosidad profesional en el departamento especializado de los servicios de inteligencia rusos. Seguían el procedimiento habitual: los responsables de las agencias de espionaje solo utilizaban documentos con su identidad real cuando se trataba de viajes oficiales y, por tanto, de conocimiento público. Cuando no era así, ya fuese por misiones encubiertas o para unas simples vacaciones —como en este caso—, disponían de una identidad alternativa para ellos y sus familiares, con el fin de pasar desapercibidos, en la medida de lo posible, a ojos de las autoridades de otros países.

Ese método de autoprotección se intensificó aún más desde que el Kremlin dio la orden de invadir Ucrania: los jerarcas rusos fueron sometidos a intensas sanciones por Occidente, que incluían la prohibición de viajar a una larga lista de

países, donde corrían el riesgo de ser descubiertos y detenidos. Este era el motivo por el que la CIA había elegido Maldivas para realizar el operativo: esas islas del Índico no participaban de la prohibición y estaban cerca de la base militar de Diego García.

A media milla náutica de allí, algo menos de un kilómetro, en la habitación *overwater* de otro hotel en un islote vecino, un hombre de constitución fuerte, musculado, metro ochenta y cinco de estatura y pelo cortado casi al ras del cuero cabelludo, estiraba un traje de neopreno sobre el suelo con la ayuda de una mujer joven, igualmente musculada, metro setenta de estatura y pelo de un rubio resplandeciente, recogido en una coleta ejecutada con maestría femenina. Entre ambos efectuaron una concienzuda inspección para confirmar que no había desperfecto alguno en la prenda que él utilizaría para sumergirse y nadar hasta el lugar que acababa de observar en la distancia con sus prismáticos.

Junto al neopreno colocaron un par de aletas para los pies, un medidor de profundidad, bombonas de oxígeno y un foco con el que iluminar el trayecto bajo el agua, cuando fuera necesario. También prepararon un propulsor acuático de forma cilíndrica, con una hélice en un extremo, que le permitiría recorrer la distancia entre su habitación y la de Serkin en aproximadamente quince minutos, siempre que las condiciones del mar se mantuviesen favorables, como en ese momento. Disponía, además, de un casco con gafas de visión nocturna, perfeccionadas por los técnicos del servicio de espionaje ruso.

Situaron al lado otros pequeños utensilios y un fusil de pesca submarina. Era incómodo llevar ese artefacto, debido a su tamaño: demasiado largo. Pero resultaba imprescindible ante el riesgo de que algún animal nervioso pudiera enfurecerse. Una bolsa de plástico, herméticamente cerrada para evitar la humedad en su interior, resguardaba una pistola con silenciador. La llegada de la noche permitía ver un infinito universo de estrellas en el cielo y, lo más importante, facilitaba el objetivo de no ser visto.

El hombre se enfundó el neopreno, ajustó las aletas en cada pie y la mujer le ayudó a colocarse las bombonas en la espalda. Luego, entre ambos pusieron el resto de los artilugios en su lugar correspondiente. Pasaban dos horas desde que había observado a través de los prismáticos a Serkin y a su familia salir camino del restaurante donde cenarían. Ahora, las luces de la habitación estaban apagadas. Cuando volvieran para dormir habría llegado el momento. Y llegó.

La familia regresó, la luz de la habitación se encendió, y el hombre con el neopreno pudo confirmar en la lejanía la presencia de tres bultos dentro de la estancia. Eran ellos: objetivo a la vista.

Rodeado de una insondable oscuridad, saltó al agua desde la plataforma de su habitación sobre el mar, ante la atenta mirada de su compañera. No se dijeron nada. Solo asintieron con la cabeza. Ambos conocían el trabajo para el que se habían preparado.

La corriente marina era intensa, aunque parecía manejable. El propulsor le ayudaría a dominarla. Sí sentía más temor ante la probable presencia de tiburones. Como norma general, no solían ser peligrosos en esa zona, pero siempre había excepciones. También estaba prevenido ante las muchas formaciones de coral, grandes y pequeñas, con las que podría chocar en las zonas de aguas poco profundas. Se mantendría en alerta para esquivarlas, y las gafas de visión nocturna le ayudarían en ese desempeño. Era un riesgo que tenía que asumir para cumplir la misión encomendada.

Colocó las gafas ante sus ojos, puso en marcha el propulsor y se sumergió dos metros por debajo de la superficie. Se alejó de su habitación de hotel conforme avanzaba en un trazado poco sinuoso, directo, tratando de que la distancia entre el punto de salida y el de llegada fuese la menor posible. Un par de minutos después, descendió a una profundidad algo mayor.

El primer tramo del recorrido transcurría sin incidentes. El día anterior había realizado parte de esa travesía a nado para familiarizarse con la zona y conocer, si eso era factible, dónde encontraría algún peligro. Por el momento, conseguía

mantener una velocidad constante, pero pronto sufrió un primer sobresalto: detrás de una formación de coral le sorprendió una mantarraya de gran tamaño que pareció echarse encima del buceador. En realidad, el animal estaba tan asustado como el hombre con el que tropezó, y huyó de inmediato.

Después, cuando estaba casi a mitad de camino, un tiburón de un metro de longitud empezó a nadar en círculos a su alrededor. Podía advertirlo nítidamente con las gafas de visión nocturna. Al cabo de unos segundos aparecieron más tiburones, que se sumaron a esa amenazadora danza acuática. Alguno se acercó tanto que rozó el neopreno. El buceador trató de no reaccionar con brusquedad y mantuvo su avance, porque de nada hubiera servido matar a uno de los tiburones habiendo media docena. Pero no debían de estar hambrientos, porque al poco tiempo se dispersaron.

A los trece minutos de iniciada la operación, ya estaba a unos cincuenta metros de la pequeña piscina de la habitación *overwater* de Serkin. Desde su posición podía ver con suficiente nitidez a los tres ocupantes: un hombre de mediana edad, una mujer y un chico joven. Avanzó con sigilo hasta la escalerilla de cuatro peldaños por la que se bajaba desde la plataforma de la habitación para bañarse en el mar. Con una cuerda amarró a la escalerilla el fusil de pesca submarina y el propulsor. Los necesitaría para huir, unos minutos después. Ascendió despacio y con precaución por los peldaños, tratando de no ser visto, y esperó junto a la pequeña piscina de la plataforma, en un recoveco que le permitía ocultarse. Sacó la pistola de la bolsa impermeable que la protegía y esperó.

Un minuto más tarde, Serkin salió al porche para respirar aire limpio, escuchar el rumor del mar y disfrutar del espectacular firmamento estrellado. La noche era especialmente oscura por la ausencia de luna. Tras él, aparecieron la mujer y el muchacho. El final estaba cerca.

El buceador abandonó su refugio con determinación y sin vacilaciones, y dio un paso al frente con audacia asesina, pistola en mano. Primero disparó al chico en el corazón. Al ser el más joven, era también el que podía presentar mayor resistencia. Debía ser eliminado de inmediato. El plan era dispa-

rar después a Serkin, pero la esposa lanzó un grito cuando vio caer a su hijo y el asesino tuvo que improvisar. Acalló la voz de la madre con un certero tiro en la frente. Se desplomó sobre el suelo de madera del porche como un saco relleno de plomo y con los ojos abiertos. Tenía la imagen del horror en la expresión de su cara.

Serkin, estremecido y espoleado por un acceso de furia, trató de abalanzarse sobre el pistolero. Dio dos pasos para tomar impulso, con la intención de arrojarle sobre él. Pero el intruso, con un veloz movimiento, esquivó la arremetida y agarró a Serkin con fuerza hasta inmovilizarlo.

—Sé quién eres. ¡Maldito Gorki! —gimió Serkin, en las que iban a ser sus últimas palabras; no podía ver el rostro de su agresor detrás de las gafas de visión nocturna, pero era innecesario.

Sabía que su final era inminente; de que su sueño de libertad terminaría en esa habitación en cuestión de segundos. Aun así, Serkin tuvo el impulso de pedir una inútil clemencia. Inútil, porque aquel hombre estaba entrenado para matar sin sufrir desconsuelo. Era un psicópata adiestrado en las catacumbas más despiadadas de otra de las agencias de espionaje de Rusia: el GRU, el servicio de inteligencia militar. Durante años, Serkin en persona se ocupó en el SVR de aleccionar a individuos como Gorki. Los conocía muy bien. Y, en efecto, el asesino actuó como se esperaba de él: dio la vuelta a su víctima con una fortaleza inapelable, aferró su cuerpo por la espalda, subió la pistola a la altura de la cabeza y le disparó en la sien. La masa encefálica se expandió por el lugar, dejando restos en el suelo y las paredes.

—Un traidor menos —murmuró para sí.

Se acercó pausadamente a los otros dos cuerpos para confirmar su muerte, marcando cada paso y con una solemnidad impropia del momento. Con los cadáveres sobre el suelo, se dispuso a fabricar la escena para que pareciera un crimen familiar, en el cual el marido fuese el sospechoso del asesinato de su esposa y de su hijo, antes de suicidarse. Cualquier investigador con una mínima experiencia apreciaría la farsa en un minuto. Pero eso era indiferente. A decir verdad, quien en

Moscú había dado la orden de asesinar a Serkin quería conceder a las autoridades locales una excusa que justificara el archivo del caso y, al tiempo, dejar el rastro suficiente para que se supiera la verdad: el objetivo era frenar las fugas de información, dar ejemplo y evitar mediante el terror la tentación de otros aspirantes a desertores.

En otra habitación del hotel, a solo quince metros de distancia, los escoltas de Serkin observaban la escena parapetados detrás de un ventanal y protegidos por la oscuridad. Acababa de ocurrir lo que ellos sabían que iba a ocurrir. Las órdenes recibidas en Moscú antes de viajar eran claras y terminantes: no moverían un dedo.

Desde su refugio, vieron al buceador colocar cada elemento en su lugar y, después, recuperar sus utensilios, sumergirse en el mar y activar el propulsor.

El trayecto de vuelta fue tranquilo durante más de la mitad del recorrido, hasta que un tiburón de metro y medio empezó a merodear. Al principio daba la sensación de ser inofensivo, como los que se le acercaron en el camino de ida. Pero, en un súbito movimiento, el animal lanzó una dentellada que rasgó el traje de neopreno y provocó una herida profunda en la parte posterior del muslo derecho. Empezó a sangrar, y solo era un primer aviso. Esta vez sí, el buceador vio peligrar su vida y disparó el fusil de pesca submarina. Lo hizo con la puntería necesaria para atravesar el cuerpo del tiburón de lado a lado. El animal, malherido, se revolvió con fiereza y saña contra su agresor, pero estaba muy debilitado y pronto se le agotaron las reservas de furia. Agonizaba. Ya no era un peligro. Sin embargo, la herida de la pierna seguía sangrando y eso podía atraer a más tiburones. Así fue.

Puso el propulsor a su velocidad máxima, en el intento de alejarse de la zona cuanto antes. Miró hacia atrás y, en un rápido vistazo, comprobó que le seguían al menos seis tiburones. La sangre manaba sin pausa de su pierna y aún faltaban, como mínimo, doscientos metros para llegar a su destino. Rodeado, el buceador no pudo aplicar por más tiempo las técnicas aprendidas durante su formación para mantener el sosiego: entró en pánico y perdió el control. Fuera ya del re-

corrido previsto, se adentró en una zona con más obstáculos. Mientras intentaba sortear a los animales, notó un fuerte golpe contra una formación de coral que se le clavó en el costado izquierdo, junto a las costillas. Sintió un dolor intensísimo y se mareó, pero no podía desfallecer porque sería su final. Los tiburones seguían al acecho. Se defendió de uno utilizando el fusil como lo haría con una espada; y de otro, golpeándolo con el propulsor, que se le escapó de las manos y se hundió hacia el fondo. Ahora solo podía avanzar con sus propias fuerzas, que ya eran escasas. Decidió entonces deshacerse también de las gafas de visión nocturna para reducir el peso y empezó a nadar todo lo rápido que podía, a pesar del dolor en la pierna y en el costado.

Levantó la vista y, aunque se creía extraviado, pudo confirmar que la habitación sobre el agua ya estaba a pocas brazadas de distancia. Su compañera observaba la escena desde la plataforma, espantada y con una pistola en la mano. El buceador notó en ese momento otra dentellada de un tiburón en la aleta de su pie izquierdo. Perdió esa aleta, pero el pie quedó a salvo, milagrosamente, justo cuando la mujer apretó el gatillo de su arma con silenciador. Lo hizo con una enorme precisión, para colocar la bala en la cabeza del tiburón y no en el cuerpo del hombre, que por fin pudo agarrarse con su mano derecha a la escalerilla.

Subió y se desplomó agotado sobre el suelo del porche, mientras los tiburones mostraban sus dotadas dentaduras al aire, ya sin opción de satisfacer su instinto voraz.

—¡La pierna, la pierna! —La información era innecesaria, porque se podía ver un boquete en el neopreno por el que la sangre manaba a borbotones—. Nadia, tienes que salvarme la pierna —dijo Gorki en un tono ambiguo, que su compañera no supo identificar ni como una orden ni como una súplica, aunque podían ser las dos cosas al mismo tiempo.

—Muerde esto. —Nadia, con la serenidad y el aplomo propios de una profesional en momentos de estrés, puso un pequeño cilindro de goma entre los dientes de Gorki, en un intento de que soportara el dolor unos minutos más y no se destrozara la mandíbula ni la dentadura de tanto apretarlas.

Respiraba aceleradamente y miraba la herida de su pierna con una sensación cercana al horror. Era imprescindible frenar la hemorragia de inmediato o el problema sería mucho mayor.

Karina Guseva, renombrada por el servicio de inteligencia militar de Rusia como agente Nadia, tenía a su lado el botiquín que necesitaba para actuar con premura. Con unas tijeras cortó el neopreno para retirarlo por completo y acceder a las heridas. También rasgó, hasta cortarlo, el bañador que llevaba debajo. Ya desnudo, Nadia pudo comprobar que Gorki tenía también una herida con un fuerte hematoma en un costado. Pero ese problema era menos grave. La urgencia estaba en la pierna derecha.

Practicó un torniquete a la altura de la ingle para frenar la hemorragia que amenazaba con terminar con la vida de su camarada de misión. Tenía que evitar que entrara en *shock*. La herida abarcaba casi toda la zona trasera del muslo. Esa era la mala noticia. La buena era que en esa parte de la pierna no se veía dañada ninguna arteria principal, lo que permitía tener la esperanza de frenar el sangrado. Aun así, la mordedura había provocado daños musculares muy aparatosos. En un vistazo rápido, Nadia pudo comprobar que el fémur no estaba afectado. Era otra buena noticia, porque eso le permitiría caminar, aunque fuese cojeando. Tenían que irse de ese hotel a la mañana siguiente y solo podrían hacerlo si Gorki era capaz de sostenerse en pie.

Con rapidez y destreza, limpió la herida con gasas empapadas en agua oxigenada, después las retiró, utilizó otras en las que puso yodo para dejarlas sobre la piel, y con una venda de crepé hizo un vendaje compresivo en toda la pierna. También utilizó una venda hemostática. Pero no había terminado: le dio la vuelta a Gorki para colocarlo boca arriba y atender el golpe y la magulladura en el costado. Repitió la operación, concluyendo con un vendaje similar al de la pierna.

—Tómate esto. —Nadia retiró el cilindro de goma de la boca de Gorki y le dio una pastilla: un antibiótico para evitar que se infectaran las heridas.

De inmediato, sacó una jeringuilla del botiquín: morfina precargada. La inyectó en el hombro y, a los pocos segundos, Gorki sintió un enorme alivio: el dolor desaparecía.

—Ahora vas a descansar un rato —susurró Nadia al oído de su compañero, que apenas podía oír algo debido al efecto de la droga.

Estaba exhausto. Cerró los ojos y se quedó dormido sobre el suelo, desnudo y con vendajes en el cuerpo y en la pierna derecha.

Cinco horas después, Gorki se despertó alterado. Por un momento no sabía dónde estaba. Nadia se levantó de la cama y se acercó a él. Aún era de noche.

—Tranquilo, todo está bien. Estabas dormido.

—¿Qué hago en el suelo?

—Te dormiste aquí. Si te hubiera llevado a la cama corríamos el riesgo de que se abrieran más las heridas.

Gorki levantó la cabeza para mirarse: tenía vendado el torso y la pierna derecha. Seguía desnudo, igual que cuando Nadia trataba sus heridas unas horas antes, lo que provocó en él una sensación de cierto pudor.

—Me duele todo.

—Es lógico. En cuanto desayunes te daré unos calmantes. Estarás molesto, pero menos que ahora. —Gorki miró tan fijamente a Nadia que se sintió sometida a un examen—. ¿Por qué me miras así?

—¿Por qué no me has tapado?

—Hace calor y hay mucha humedad. Si te hubiera tapado, habrías sudado y eso no es bueno para las heridas. Pero no te preocupes. Estuve un año en Ucrania curando a cientos de soldados que llegaban heridos del frente. Tuve que desnudarlos a todos. Tú solo eres uno más. Pero, si esto te preocupa y quieres empatar conmigo, voy a darme el último baño en Maldivas.

Nadia se quitó el top y el pantalón corto con los que había dormido y se lanzó al agua. Nadó durante unos minutos cuando apenas se apreciaban ligeramente las primeras claridades del amanecer. Volvió a la terraza de la habitación y culminó su envite a Gorki, mientras se secaba con una toalla.

—Vas a seguir desnudo delante de mí un rato más. Tengo que ayudarte en la ducha, porque no puedes mojar los ven-

dajes. Tenemos que mantener secas las heridas. Lo siento, te ducharé yo.

Gorki puso una cara inexpresiva, para que no se evidenciara si estaba de acuerdo o en desacuerdo.

—No quería que vinieras.

—Lo sé.

—Pero si no hubieras venido, ahora estaría muerto.

—Lo sé.

A primera hora de la mañana y a media milla náutica de distancia, tres cuerpos sin vida fueron descubiertos por el personal de limpieza del hotel, entre litros de sangre derramada y restos de masa encefálica esparcidos por el suelo y en las paredes. La policía local se personó en el escenario del crimen para iniciar una investigación que fue declarada secreta. En realidad, resultaba indiferente, porque antes del mediodía los tres cadáveres estaban a bordo de un avión ruso que llegó sorprendentemente rápido desde el sur de India, como si estuviera allí a la espera de que algo así ocurriera. Por la noche, el aparato aterrizó en Moscú. Las autoridades de Rusia informaron del luctuoso suceso como el resultado de una profunda depresión de Serkin, provocada por un fracaso profesional no especificado. Según el comunicado oficial, disparó a su esposa y a su hijo, y después se suicidó. Una lamentable tragedia. El juez de las islas ya tenía la excusa para dar el caso por cerrado.

A esa hora, una joven pareja subía a un avión de la compañía Emirates en el aeropuerto internacional de Malé, con destino a Dubái. El hombre caminaba con una leve pero evidente cojera. Atrás dejaban el hipnótico mar color turquesa que bañaba las Maldivas.

Días después, un turista que paseaba por la playa encontró en la orilla unas extrañas gafas colgadas de un casco. Un poco más allá, la marea llevó hasta la arena el trozo de una aleta de bucear. «Es como si un tiburón le hubiera dado un mordisco», pensó mientras continuaba su despreocupado paseo vacacional bajo el sol.